

LA CANDELARIA Y LA CUNA DEL PADRE ANCHIETA

POR ENRIQUE DE LA PALMA

AFORTUNADAS llamaron a las islas Canarias, por su clima sin igual y por las bellezas de su suelo. «Afortunadas» no lo son menos por la recia supervivencia de la Fe, que en ellas emula la frescura y fulgor de las flores prendidas a las faldas verdes de sus volcanes apagados. Entre las islas hermanas, la de Tenerife no va a la zaga de las demás ni en riquezas naturales ni en fervor religioso. ¿No es suyo el privilegio de albergar nada menos que a la patrona del archipiélago, la Virgen de la Candelaria?

¡La Virgen de la Candelaria...! Para los tinerfeños ausentes de Tenerife, al igual que para aquellos que mantienen arraigada su vida en la tierra ancestral, no es sólo evocación de procesiones anuales en el sol y las espumas de las orillas del mar, ni del santuario conmovedoramente sencillo, que pronto se trocará en un potente brotar de arquitecturas catedralicias. No; la Virgen de la Candelaria evoca ante todo en los isleños las misteriosas circunstancias de la llegada a su isla de la venerada efigie, siendo a la par una prueba de la predilección manifestada desde tiempos inmemoriales al lugar que entre todos escogiera para testigo de su poder; ese poder que convirtió en masa a todo un pueblo sumido hasta entonces en las tinieblas de la idolatría.

Merece la pena reseñar dichas circunstancias.

Finaliza un día del verano de 1391. Dos de los pastores del «mencey» de Guimar vuelven con su rebaño de cabras a la mansión de aquel rey guanche. De pronto, a la entrada del barranco que conduce a la gruta real, las cabras se detienen, rehusando avanzar. Uno de los pastores se adelanta intrigado y sus ojos descubren, erguida sobre una roca, a una mujercita que «con un niño al brazo derecho y con vestidos distintos de los que usan las mujeres de esa tierra, lo mira con fijeza».

Los aborígenes del archipiélago, los guanches, sin contacto alguno con habitantes de otras comarcas del mundo, conocían ya sin embargo un alto grado de moralidad. Estábales vedado, por ejemplo, bajo pena de muerte, dirigir la palabra a una mujer que encontrasen sola en lugar apartado. El pastor hace, pues, señas a la desconocida de que se aleje y deje pasar el ganado. Aquella, empero, no se mueve. Monta entonces en cólera el primitivo y coge una piedra con ánimo de lanzársela a la intrusa. Mas he aquí que su brazo queda paralizado en el acto.

Llama espantado al compañero, narrándole lo acaecido. Este último se acerca a la «mujercita», créela inanimada y, para cerciorarse mejor, se dispone a cortarle un dedo con su cuchillo. Entonces se percata de que la hoja no hace mella en aquella mano y que es de la suya propia de donde la sangre comienza a manar por ancha herida.

Entonces ambos echan a correr a la residencia del «mencey». Informado del incidente, éste convoca a su Consejo, decidiendo todos personarse inmediatamente en la entrada del barranco. Allí los ancianos se quedan admirados del aspecto de la «extranjera» y opinan que se la debe de llevar a la cueva misma del «mencey». Sí, pero, ¿y quién se encargará de la operación...? Puesto que los pastores descubridores de la dama han probado ya sus iras, lo natural es que se expongan de nuevo a ellas. Temblando, pues, los «elegidos» se acercan. Pero, ¡oh prodigio! No sólo la «mujercita» no ofrece resistencia alguna, sino que el brazo paralizado recupera su flexibilidad y la sangre de la herida deja también de correr. Tal fué el primer milagro de la Virgen de la Candelaria.

El «mencey» atribuye en el acto a fenómenos tan maravillosos el sentido que en realidad entrañan: sea quien sea la «extranjera», se merece de todos el respeto más profundo. El rey mismo y sus dignatarios se honrarán trasladando la imagen a la residencia real...

Desde aquel entonces, la representación de la Madre de Dios ha pasado por infinitas vicisitudes. Nunca, sin embargo, los tinerfeños han dejado de corresponder al cariño preferente que les testimoniara la Virgen. Para ellos, la peregrinación regular al santuario no representa tan sólo una obligación piadosa, una acción de gracias por los favores derramados por la Santa Patrona sobre muchísimas familias del archipiélago; es, ante todo, una de las alegrías más puras reservadas a los creyentes de esas islas doblemente afortunadas.

Nada más perenne que lo espiritual. Rebosante de bienes de la Naturaleza, la isla de Tenerife defiende desde muchos siglos atrás la riqueza moral de que puede mostrarse legítimamente orgullosa. Y en la corona de esos valores, no es el florón de menor lustre el representado por la obra del padre Anchieta.

José Anchieta nació en La Laguna en 1533 y, neófito aún de la Compañía de Jesús, fué enviado a evangelizar a los indios del Sur, llegando de esa suerte al Brasil, donde, de acuerdo con Manuel de Paiva y Leonardo Muñoz, fundó la parroquia de Sao Paulo de Pirathinga. Vivió allí rodeado hasta su muerte de indígenas, ganados y luego convertidos por su dulzura y el celo con que se ocupaba de sus jóvenes catequistas, a quienes, entre otras cosas, adiestró admirablemente en ejecuciones corales al aire libre. Esa pacífica conquista de almas fuése extendiendo como mancha de aceite, y las tierras del Brasil acabaron siendo tierra cristiana. Cabe atribuir al padre Anchieta un papel primordial en la evangelización del Brasil. No es pues de extrañar que su recuerdo siga siendo allí hoy en día objeto de profunda veneración. Prueba de ello fueron las ceremonias brillantísimas que en 1897, y por iniciativa del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro, conmemoraron el tercer centenario de su muerte. Participó en ellas la solera más auténtica de la intelectualidad brasileña: Ruy Barbosa, Manuel Vicente da Silva, Francisco de Paula Rodrigues, Eduardo Prado, Brazílio Machado, Américo de Novais, Juan Monteiro, Couto de Magalhaes, Antonio Ferreira Vianna, Capistrano de Abréu, Joaquin Nabuco y muchos otros.

Es insigne privilegio de Nuestra Señora del Rosario de La Laguna conservar la pila bautismal en que recibió las aguas regeneradoras José Anchieta, según consta en una inscripción de los folios del registro parroquial, amarillentos de siglos. Muchos brasileños oriundos de Canarias o simplemente de paso por Tenerife, vienen a postrarse ante la pila de piedra tallada.

Durante largo tiempo, y junto con un altar de plata cincelado en los días de la Conquista, constituyó ésa el adorno principal de la iglesia. Luego, gracias al celo inteligente del clero actual, se enriqueció con una serie de amplios frescos, obra de discípulos de Bonnín, el gran pintor tinerfeño. Así engalanada acogerá la visita de los numerosos peregrinos del Año Santo que harán una escala de devoción en Santa Cruz de Tenerife.

Una conmovedora lección les aguarda allí: junto a la iglesia del Rosario álzase el seminario de La Laguna. En la quietud de sus jardines, a la sombra del famoso drago, al que, tras concienzudo examen (hace de eso un siglo) el naturalista Humboldt, atribuyó no menos de dos mil años de existencia, conversan y meditan en sus horas de esparcimiento aquellos que se ejercitan a su vez en las difíciles tareas del apostolado. Preparanse, a pocos pasos del baptisterio en que el evangelizador del Brasil recibió el primer sacramento de la Fe, a seguir el camino en cuya lontananza brilla la fama misionera del padre Anchieta.



Arriba, imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, patrona del archipiélago, que se venera en su histórico santuario de Tenerife.

A la derecha, pila de piedra labrada en la que fué bautizado el Padre Anchieta y que hoy se conserva como reliquia en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, de La Laguna.

Abajo, el famoso drago, árbol histórico, al que el naturalista Humboldt atribuyó no menos de dos mil años de existencia. Hoy, a su sombra, los seminaristas de La Laguna conversan o meditan en horas de esparcimiento.

